



VNiVERSiDAD D SALAMANCA

GRADO EN ESTUDIOS ÁRABES E ISLÁMICOS
TRABAJO DE FIN DE GRADO

La Evolución política del Declive abasí

Sobre política en Iraq entre los años 860 y 1258

AARÓN GORDILLO RODRÍGUEZ

VºBº Tutor: Miguel Ángel Manzano Rodríguez

RESUMEN

A finales del siglo IX, empezó el declive del califato abasí con el excesivo poder que alcanzaron algunos comandantes turcos en el gobierno, y con el alzamiento de diferentes dinastías que desestabilizaron la capacidad de gobierno imperial. A pesar de algunas épocas en las que el Califato recuperó parte de su poder debido a gobernantes hábiles, en los siglos siguientes el Declive fue inevitable. Otras potencias de fuera de Iraq dominaron el gobierno de Bagdad, en el que los califas eran gobernantes titulares sin poder político. A finales del siglo XII tuvo lugar un verdadero renacimiento del poder de los califas abasíes. Pero con las Invasiones mongolas el Califato de Bagdad encontró su fin en 1258.

Palabras clave

Califato abasí, Declive abasí, Selyuqíes, Iraq, Bagdad

ABSTRACT

At the end of the 9th century, the decline of the Abbasid caliphate began with the excessive power achieved by some Turkish commanders in the government, and with the rise of different dynasties that destabilized the capacity of imperial government. Despite some periods in which the Caliphate regained some of its power due to able rulers, in the following centuries the Decline was inevitable. Other powers outside Iraq dominated the Baghdad government, in which the caliphs were incumbent governors without political power. At the end of the 12th century, a true rebirth of the power of the Abbasid caliphs took place. But with the Mongol Invasions the Caliphate of Baghdad found its end in 1258.

KEYWORDS

Abbasid caliphate, Abbasid decline, Saljuqids, Iraq, Baghdad

SUMARIO

Introducción	4
Militarización del Califato	6
Al-Mutawakkil (847 – 861) y los inicios del Declive	7
Guerra civil	9
La Rebelión de los Zanî y la Restauración abasí	12
LA SITUACIÓN FUERA DE IRAQ	15
Nuevas dinastías en el oriente imperial	16
Aḥmad ibn Tūlūn y los Ṭūlūnīs	19
La dinastía ijšīdī en Egipto	21
El Ismāʿīlismo: Qármaṭas y Fāṭimīs	22
IRAQ A PARTIR DEL SIGLO X: FIN DEL CALIFATO ABASÍ INDEPENDIENTE	24
De al-Muqtadir a la conquista selyuqí. Los Buyíes en Iraq	24
El Califato abasí durante la dominación selʿyuqí	28
Renacimiento del poder abasí	32
Las invasiones mongolas y el fin del Califato abasí	34
Conclusiones	36
Referencias bibliográficas	38
Apéndices	41

Introducción

El presente trabajo trata sobre el declive o decadencia política de la dinastía abasí,-que gobernó después de la dinastía omeya y conoció su período de mayor esplendor en torno al año 800, antes de empezar el declive.

El propósito de este trabajo es mostrar una visión global del desarrollo de esta decadencia, analizando los acontecimientos que la provocaron y exponiendo por qué se prolonga a lo largo de casi 4 siglos.

Debido a la extensión del período histórico que trataré, me centraré en los hechos, ideas y gobiernos que considero afectan en mayor medida al desarrollo de la propia decadencia, dejando de lado detalles que son menos relevantes para comprender en conjunto lo que supuso esta época para la dinastía y para el Imperio. Es decir, habrá gobernantes titulares sobre los que no diré nada debido a la irrelevancia de sus mandatos, mientras que con otros gobernantes me detendré a explicar qué políticas llevaron a cabo y cómo era la situación durante sus mandatos, o cómo es la situación tras sus mandatos, cuando considere que estos personajes son importantes para comprender el propio proceso de declive. Lo mismo sucederá con determinados períodos de tiempo: en determinadas ocasiones apenas dedicaré unos párrafos a medio siglo, mientras que hay años concretos o épocas más breves que requerirán de capítulos enteros para ser expuestas y analizadas de acuerdo con su relevancia.

Además, los temas que expondré estarán directamente relacionados, de un modo u otro y con pocas excepciones, con la región de Iraq y la política que se desarrollaba en la misma. Es por ello por lo que la mayor parte del trabajo tiene un enfoque histórico-político, tratando la economía cuando influye en el devenir de los gobiernos, y dejando de lado el enfoque social siempre que no sea imprescindible.

En cuanto a aspectos formales y de estilo, añadiré lo siguiente:

El sistema de citación que utilizo a lo largo de todo el trabajo se basa en las normas de American Psychological Association (APA), sexta edición (2016). No obstante, creo conveniente aclarar lo siguiente: cuando cito al final de un párrafo (con el nombre del autor, el año de publicación de la obra citada y la página correspondiente de la misma entre paréntesis), me refiero a que a lo largo de ese párrafo hay una idea o cita no literal de ese autor. Si por el contrario la referencia entre paréntesis la sitúo tras una línea concreta significa que el contenido

de esa línea u oración lo he escrito basándome en la página indicada del autor especificado entre paréntesis. En cualquiera de los casos anteriores, no utilizaré comillas. Sólo marcaré una frase entre comillas (o en algunas ocasiones varias líneas si la extensión lo requiere) cuando la cita esté escrita a imitación literal de las palabras del autor citado.

Por otro lado, pero también respecto a la citación, debo añadir que las obras en las que he basado este trabajo, que están enumeradas correspondientemente tras el apartado “Lista de obras citadas” (página 36) y ordenadas en orden alfabético de acuerdo con el apellido del autor, están escritas en lengua inglesa, a excepción de una obra en alemán que sólo citaré en una ocasión y una obra en español, escrita por R. Mantran, que citaré en más de una ocasión. El motivo de que especifique esto es el siguiente: para no recargar demasiado la estructura de citas a lo largo del texto, indico ahora, para que tenga validez en todas las páginas siguientes, que las citas, tanto literales como no literales, basadas en obras escritas en inglés, están traducidas sin excepción por mí directamente del texto inglés original. De este modo pretendo dar homogeneidad al texto, utilizando en éste un único idioma, el español. La única excepción a esto son determinados términos árabes transcritos con caracteres latinos, de acuerdo con el sistema de transcripción más frecuente para la lengua española, en el que š= ش, ṣ= ص, ṭ= ط, q=ق, z= ث, ḡ= ج, j= خ. En el caso de estos términos árabes transcritos, el término aparecerá escrito en letra cursiva, excepto si se trata de nombres propios, territoriales o de dinastías.

He escrito notas a pie de página cuando lo he considerado oportuno para aclarar el significado específico de algunos términos o para ampliar información relevante sobre determinados elementos sobre los que trato en el texto, como por ejemplo el uso del término “sultán” en el siglo XII.

Por último, tras la lista de obras citadas, he añadido un apéndice con algunos mapas que pueden ser de utilidad para la mejor comprensión de algunos capítulos facilitando la ubicación territorial de algunos emplazamientos o regiones de manera más precisa que mis palabras, aunque la consulta de éstos no será necesaria para completar el texto, sino solamente complementarlo en algunos capítulos.

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL DECLIVE ABASÍ

Militarización del Califato

La militarización del Califato abasí en el siglo IX no es parte de la propia decadencia del Califato o de la dinastía, decadencia que empezaría a manifestarse más adelante. Pero esta militarización será uno de los motivos que den inicio al declive del que trataré aquí, por lo que a continuación expondré brevemente en qué consistió esta renovación militar.

En el año 830 el futuro califa abasí al-Mu'taṣim, hermano del califa al-Ma'mūn (813 - 833) compró en Samarcanda 3000 esclavos (*gilmān*¹) turcos (Sourdel, 1991, p. 1079). Éstos conformarían la parte más importante del ejército imperial y de la nueva guardia califal que estableció el mencionado al-Mu'taṣim.

La formación de esta guardia, parecida a la guardia pretoriana de los emperadores romanos, fue el motivo del traslado de la capital del Imperio de Bagdad a Samarra en 836, ya que era necesario alejar a estos nuevos soldados turcos de la población árabe o arabizada de Bagdad. En Samarra, algunos de estos Turcos llegaron a ser nombrados comandantes del ejército, hombres libres como Ašnās, Waṣīf o Afšīn, y otros tras ellos, que gozaban de la lealtad de las tropas, y cuyo deber era liderar a estas tropas durante las campañas. Debido a esta relación de lealtad, estos comandantes llegaron a ocupar posiciones muy importantes en el gobierno, e incluso como gobernadores de provincias, es decir, emires (Sourdel, 1991, p. 1080).

Este nuevo cuerpo militar, que llegó a contar con hasta setenta mil *gilmān*, (Sourdel, 1991, p. 1080), estaba destinado al control y represión en los territorios interiores, no más allá de las fronteras del Imperio. Intelectuales de la época como al-Ŷahīz escribieron tratados con argumentos diversos para legitimar la existencia de esa poderosa guardia pretoriana del califa, que nacía como cuerpo de élite para poner orden en cualquier rincón del califato, pero casi nunca en operaciones por territorio de los infieles. Su empleo era la solución más adecuada a la inoperancia y debilidad crecientes del ejército árabe Jurāsānī, que no obstante había llevado al poder a la familia abasí con anterioridad.

¹ *Gilmān*: plural del término árabe *gulaṃ*, que significa hombre joven, también puede referirse a un sirviente, pero generalmente hace referencia a un guardaespaldas o escolta, bien esclavo u hombre libre, ligado a su señor por lazos de lealtad (Sourdel, 1991, p. 1079). Este término puede coincidir en ocasiones con el término *mamlūk*, o mameluco, que en origen significa esclavo, generalmente con el sentido de "soldado esclavo" (Avalon, 1965, p. 314), si bien después el término *mamlūk* evoluciona debido a la instauración del Sultanato mameluco

El papel que jugarán estos militares turcos más adelante será de gran relevancia, como explicaré más adelante, llegando a ser determinantes en la política iraquí y definiendo el curso que seguirían los acontecimientos para la propia dinastía abasí.

Al-Mutawakkil (847 – 861) y los inicios del Declive

El califa al-Mutawakkil ejerció su gobierno desde la aislada Samarra, entonces capital del Imperio. La población de esta nueva ciudad “se nutrió de soldados, poetas y constructores” (Bonner, 2010, p. 307). Pero su carácter artificioso la alejaba de la situación del resto del Imperio. Por su parte, el propio califa destituyó a figuras poderosas: el administrador gubernamental Ibn al-Zayyat, el qaḍī Ibn Abī Du’ad y el comandante Itaj, entre otros. Fueron reemplazados por hombres que constituyeron una jerarquía confusa. Por ejemplo, “el importante puesto de *ḥayib* (el encargado de gestionar los asuntos del califa) fue ejercido por diferentes hombres al mismo tiempo” (Bonner, 2010, p. 308), algo que evidencia dicha confusión jerárquica. Uno de los cortesanos más destacables durante el reinado de al-Mutawakkil fue Faṭḥ ibn Khaqan que, sin ocupar oficialmente un puesto en el gobierno, era una de las personas más cercanas al propio califa.

En cuanto a la economía, es muy importante destacar que este califa llevó a cabo grandes gastos, muy superiores a los de sus predecesores, que estuvieron dedicados en su mayor parte a la construcción de palacios, jardines y otros lujos (Bonner, 2010, p. 307). Este despilfarro económico de las riquezas que los califas anteriores habían acumulado será uno de los motivos por los que a partir de aquí el Califato se verá debilitado, ya que entre otras cosas las complicaciones financieras provocarían alteraciones de los pagos al ejército, motivando un descontento peligroso por parte de los militares para con el gobierno, e incluso de las tropas con sus propios comandantes, como se verá más adelante.

Otro de los errores decisivos de al-Mutawakkil pudo ser su relación con los oficiales turcos. Trató, en vano, de librarse de su poder e influencia mediante sus planes sucesorios: pretendía que sus tres hijos (al-Muntaṣir, al-Mu’tazz y al-Mu’ayyad) se sucediesen uno tras otro, pero al final trató de nombrar heredero único a al-Mu’tazz, ya que éste estaba en contra de los Turcos, y por tanto gracias a la política que preveía su padre que seguiría cuando le sucediese podría ir reduciéndose la dependencia del estado de los propios Turcos. Y al-Muntaṣir por tanto sería relegado de su posición como primer sucesor. En estas circunstancias, al-Mutawakkil, a pesar de sus intentos por evitarlo, se encontró en una posición vulnerable

(Bonner, 2010, p. 308), sin unos apoyos definidos en el escenario palaciego, debido a su política y a la propia relación con los mencionados oficiales turcos.

En este contexto, en el año 861, en Samarra, el califa al-Mutawakkil fue asesinado junto a su consejero, al-Faṭḥ ibn Jāqān, por un grupo de soldados turcos, liderados por el comandante turco Buga el Joven, y con los que cooperó el propio hijo del califa, al-Muntaṣir, que después afirmaría que había sido al-Faṭḥ el asesino del califa y que el propio al-Muntaṣir había ordenado matar a al-Faṭḥ. La misma noche del asesinato de al-Mutawakkil se ofreció la *bay'a*, o juramento de toma del poder, a al-Muntaṣir, que aceptó (Bonner, 2010, p. 305).

Este acontecimiento fue muy relevante para la dinastía de los Abasíes y para el propio futuro del Imperio. Si bien otros califas anteriormente habían sido destituidos o habían tenido muertes violentas, esto había sucedido en épocas conflictivas de guerra civil. Pero el asesinato de al-Mutawakkil fue diferente porque sucedió en un período de paz y fue llevado a cabo por sus propios hombres, soldados de origen servil, en una conspiración en la que además participó el propio hijo del califa.

Como dice Michael Bonner (2010, p. 306), el sólido sentimiento de unidad del Imperio bajo la figura del califa se vio afectado, porque al evidenciarse la fragilidad de esta figura se tomó conciencia de la fragilidad de todo el Imperio. En el año 861 los Abasíes controlaban la mayor parte de Iraq, Siria, la región de Anatolia fronteriza con el Imperio Bizantino, Egipto, Arabia e Irán. Pero en los años posteriores, debido a conflictos internos de los que trataré más adelante, el gobierno central dejó de controlar estas provincias, que se autogobernaron. Y esta pérdida del control sobre las provincias tuvo como consecuencia un agravamiento de la crisis que sufría el propio gobierno central. Esta situación también provocó cambios específicos en la propiedad y tributación de la tierra, y en un aspecto de relevancia: el poder que los militares adquirieron en la administración y en el gobierno. “La militarización del Imperio tuvo como consecuencia la supremacía de la élite militar y el aislamiento del gobernante”, (Bonner, 2010, p. 309) como se ha visto con el caso particular de al-Mutawakkil, que trató de reducir el poder de esta élite y terminó siendo víctima de una conspiración en su contra. Y el caso de al-Mutawakkil, si bien es el primero, cumple unas condiciones que se verán repetidas con frecuencia en los años posteriores, esto es: élites militares que utilizarán la figura y poder teórico del califa a su antojo; por su parte, los califas se verían a menudo en situaciones de aislamiento en el gobierno, sin posiciones definidas ni suficiente autoridad real para presidir gobiernos sólidos. Es éste uno de los factores que determinan el declive del Califato, siendo un problema

profundo y recurrente, aunque intermitente, es decir, estas no son características de todos los mandatos abasíes a partir de aquí.

Todo esto cambiaría las bases del califato clásico de Hārūn al-Rašīd, vista por muchos como “una época dorada para el Imperio, una época de unidad y prosperidad” (Bonner, 2010, p. 307); en los dos capítulos siguientes expondré cómo una nueva generación de califas, comandantes y administradores tratarían de reformar el Califato abasí en la década de 870 debido a la crisis de la década de 860.

Guerra civil

La década posterior al asesinato del califa al-Mutawakkil fue una década de crisis, conocida como la “anarquía de Samarra”. Estos años serán determinantes en el futuro de Iraq, del Califato abasí, y por extensión de todo el Imperio islámico, ya que en esta década “las estructuras del Imperio fueron seriamente sacudidas, y sólo se recuperaron en parte, y no por mucho tiempo” (Bonner, 2010, p. 309). En esta crisis jugaron un papel fundamental las cada vez más poderosas élites militares de Samarra, de las que a continuación trataré más extensamente.

Las relaciones entre los comandantes y sus tropas no eran fáciles, y “los propios comandantes no constituían un grupo unificado” (Bonner, 2010, p. 309). Para ejemplificar esto, cabe destacar que mientras algunos habían organizado la conspiración contra al-Mutawakkil y apoyado el gobierno de al-Mu‘tazz, otros, como el *wazīr* ‘Ubayd Allāh ibn Yahya ibn Jāqān, se habían posicionado frente a los conspiradores tras el asesinato y apoyado la sucesión del otro hijo del califa, al-Mu‘tazz, el segundo en la línea sucesoria que había establecido el propio gobernante. Aunque el intento de ibn Jāqān de derrocar a los conspiradores quedó reducido a nada, refleja el frágil estado de la política iraquí en estos años.

Pero volviendo al nuevo califa, al-Muntašir: su gobierno duró sólo 6 meses -en los que “completó su empresa parricida destruyendo el palacio de su padre” (Al-Ṭabarī, XXXIV p. 156)-. Durante este breve mandato trató de fortalecer su posición en una Samarra dominada ya por los comandantes turcos y obligó a sus hermanos al-Mu‘tazz y al-Mu‘ayyad a renunciar a su lugar como herederos. Pero el nuevo califa “murió bajo circunstancias sospechosas, y los comandantes más poderosos designaron a Abū l ‘Abbas, nieto de al-Mu‘tašim, como nuevo califa” (Bonner, 2010, p. 309-310). Para entonces, el conflicto estalló y se convirtió en una guerra, denominada en ocasiones como la quinta *fitna*, que tuvo lugar en los años 865 y 866. A

continuación, explicaré este conflicto, en el que me detengo por su relevancia para la evolución posterior del califato.

En esta guerra civil hubo involucrados varios bandos: por un lado, la élite dominante de oficiales turcos, entre los que se encontraban figuras como Waṣīf, Utamiš, Buga el Joven y Buga al-Kabir (también llamado Buga al-Turkī). Este bando no era todo lo sólido que pudiera parecer. Había presente rivalidad entre los propios oficiales, y la relación de estos con sus propias tropas distaba mucho de ser armoniosa. En la situación de declive fiscal del califato, como indica Bonner (2010, p. 310), se hizo imposible pagar a estos soldados y mantenerlos equipados, algo que sólo tensaba esta relación. Cualquier nuevo califa, o aquel que quisiera dirigir al califa y por tanto el gobierno, debería hacerse cargo de los pagos atrasados, así como de los donativos especiales que las tropas esperaban de un nuevo gobernante. Y la escasez de recursos por tanto tenía como consecuencia un aumento del resentimiento de los soldados con sus comandantes.

Por otro lado, la población civil también estaba resentida con los Turcos, y este resentimiento se manifestó en Samarra y en Bagdad. Fue en la ciudad de Bagdad donde el comandante de la *ṣurṭa*², Muḥammad ibn ‘Abd Allah ibn Ṭahir, dirigió el combate contra la élite de gobernantes turcos de Samarra (Bonner, 2010, p. 310).

Finalmente, la guerra civil estalló a principios del año 865. El califa al-Musta‘īn se trasladó a Bagdad, y allí se alió con los comandantes turcos Waṣīf, Buga el Joven y con Ibn ‘Abd Allah, el comandante de la *ṣurṭa*. Los otros comandantes se quedaron en Samarra y reclamaron su supremacía nombrando a al-Mu‘tazz como nuevo califa. No olvidemos que al-Mu‘tazz era partidario de políticas contra los Turcos, y por tanto el hecho de que esto no tuviera ya importancia pone de manifiesto que el conflicto no se fundamentaba en la base de Turcos contra “no Turcos”, sino en una situación de más diversidad en ambos bandos y por tanto más compleja. Por ejemplo, “en el bando de al-Mu‘tazz había tanto Turcos como *magariba*, hombres de las regiones occidentales del Imperio” (Bonner, 2010, p. 310).

En Bagdad al-Musta‘īn cometió un error que decantaría la situación en su contra: expulsó a algunos de sus comandantes turcos a Samarra, donde se aliaron con el otro bando, el de al-Mu‘tazz. Mientras tanto, también en Bagdad, “milicias irregulares tomaron parte en el conflicto, buscando hacerse con cabezas de Turcos, por las que Ibn ‘Abd Allah había prometido pagar una recompensa” (Bonner, 2010, p. 311). Al final se impuso el bando de Samarra y al-

² Fuerzas de seguridad de la ciudad de Bagdad

Musta‘īn abdicó en favor de al-Mu‘tazz, y poco después el propio al-Musta‘īn fue hallado muerto.

El califato de al-Mu‘tazz duró cuatro años y medio, que estuvieron envueltos en violencia. Waṣīf y Buga el Joven volvieron a integrarse en el gobierno de Samarra, pero Waṣīf fue asesinado en el año 867 por soldados con los que tenía deudas atrasadas, y Buga fue ejecutado en 868. Les reemplazó una nueva generación de oficiales que tuvieron que enfrentarse al colapso fiscal. Para tratar de pagar al ejército, estos nuevos comandantes obtuvieron por la fuerza grandes sumas de dinero de los administradores en Iraq, pero esto no fue suficiente. Los soldados enfadados marcharon contra el palacio y los comandantes, que estaban perdiendo el control de una situación que podía resultar fatal para ellos, dirigieron su ira contra el califa al-Mu‘tazz, que finalmente fue ejecutado (Bonner, 2010, p. 311).

El califa que sucedió a al-Mu‘tazz fue al-Muhtadī. “Durante el breve gobierno de al-Muhtadī (869-870), en palabras de al-Ṭabarī, todo el Imperio islámico se vio envuelto en el conflicto civil” (Bonner, 2010, p. 311). Pero este califa intentó restablecer el respeto y la dignidad inherentes a su cargo, es decir, trató de reforzar la entonces frágil autoridad califal, y entró en negociaciones con las tropas, dejando al margen a los comandantes; pero terminó enfrentado al comandante Mūsà ibn Buga, y este enfrentamiento terminó con el asesinato del califa al-Muhtadī, al igual que había sucedido con sus predecesores. No obstante, las mencionadas negociaciones, si bien no habían llegado a término, ya habían producido ciertos efectos: los soldados pedían que los comandantes turcos fueran reemplazados por los hermanos del califa. Este detalle es relevante, ya que ilustra la inestabilidad de la situación y la fragilidad de las lealtades entre los elementos del Estado califal.

En relación con lo anterior, de estos años violentos se puede destacar otro matiz relevante relacionado con las propias élites militares y la guerra civil; en palabras de Michael Bonner (2010, p. 313):

“La década de anarquía en Samarra no se basó en la dominación de un grupo de hombres unidos en solidaridad por su identidad turca y su ocupación militar [...] Se trató más bien de una serie de maniobras llevadas a cabo por individuos desesperados en su búsqueda de líderes a los que seguir con confianza y sin peligro, o de seguidores a los que dirigir con seguridad.”

Por otro lado, con Bagdad y Samarra sumidos en el conflicto, y tratando de recuperarse de él en las décadas posteriores, en otras provincias de regiones periféricas del Imperio se

alzaron dinastías que gobernaron dichas regiones. Estos gobiernos periféricos eran liderados por militares que se hicieron con el control de dichos territorios bajo el dominio teórico del Califato abasí. Utilizaban el yihad como método de legitimación, es decir, eran sociedades fronterizas que desarrollaron sus gobiernos fundamentándose en combatir a los enemigos del Islam en las fronteras del Imperio. Más adelante trataré sobre estas dinastías.

La Rebelión de los Zanî y la Restauración abasí

El sucesor de al-Muhtadî fue al-Mu‘tamid. Su nombramiento como califa en el año 870 puso fin a la “anarquía de Samarra” (Bonner, 2010, p. 311), para dar paso a un proceso de reforma política conocido como “restauración abasí”, cuyo objetivo principal fue devolver el poder y el respeto al Califato, el control de la administración imperial al califa.

Al-Mu‘tamid gobernó junto con su hermano al-Muwaffaq; se podría decir que compartieron el cargo, a pesar de haber una cierta rivalidad entre ambos. Al-Muwaffaq, como su abuelo al-Mu‘taşim, era un hombre con una buena relación con las tropas, un factor muy favorable e importante en un gobierno tan militarizado como el de Bagdad a finales del siglo IX. En el año 865, durante la guerra civil, había sido comandante en jefe en el bando de al-Mutazz.

“Disfrutaba [al Muwaffaq] el respeto que le profesaban los soldados. Y tras una década en la que los comandantes turcos conspiraron unos contra otros y depusieron a 4 califas, se manifestó como una buena solución colocar al frente del ejército a un príncipe abasí con un perfil como este. De hecho, el liderazgo de al-Muwaffaq fue decisivo para salvar al califato abasí de la destrucción en más de una ocasión” (Bonner, 2010, p. 314).

Todo esto permitía que mantuviese un buen grado de lealtad de los soldados hacia el califa, algo que evidentemente es, como decía unas líneas atrás, muy importante para un gobierno sólido, y que en los años anteriores había sido cuando menos deficiente.

En esta época, por tanto, mientras que los oficiales y comandantes perdieron poder tras la crisis de Samarra, los secretarios califales, llamados bajo el nombre de *kuttāb*, ganaron influencia en la administración del Califato. De hecho, la influencia que alcanzaron los *kuttāb* era tal que al-Muwaffaq consiguió debilitar la posición de su hermano al-Mu‘tamid designando a visires y secretarios en su propio beneficio (Bonner, 2010, p. 323), lo que restaba la independencia gubernamental del propio califa al-Mu‘tamid.

La gran crisis a la que se tuvieron que enfrentar al-Mu‘tamid y al-Muwaffaq fue la revuelta de los Zany̆. El término árabe *zany̆* hace referencia a esclavos negros provenientes de las costas orientales de África. No se deben confundir estos esclavos con los esclavos blancos, los mamelucos, que eran empleados por los califas como sirvientes y soldados y llegaron, como se ha visto, a ocupar importantes cargos militares próximos al califa. Como indica Robert Mantran (1973, p. 105), “otros esclavos eran empleados en grandes construcciones y explotaciones territoriales bajo condiciones mucho más penosas” (que las de los mamelucos). Estos otros esclavos negros, los Zany̆, fueron traídos a Irak desde África por comerciantes enriquecidos que los explotaban en tierras irrigables. Pero un agitador persa, ‘Alī ibn Muḥammad al-‘Alawī, descrito por al-Ṭabarī como un aventurero y hombre de habilidades diversas, de considerable carisma y capacidad para liderar (al-Ṭabarī, *Ta`rikh*: XXXVI, p. 30), de tendencia jariyī-zaydí, llevó a la revuelta a este subproletariado (Nöldeke, 1892, *apud* Mantran, 1973, p. 105) prometiéndoles que “Dios los libraría de su condición por su mediación y los convertiría en dueños de esclavos y les daría grandes riquezas y hermosas mansiones” (al-Tabari *apud* Mantran, 1973, p. 105).

En el año 869 se desencadenó la sublevación en la región de Basora y a ella se unieron:

“campesinos arruinados del bajo Iraq, esclavos de las ciudades, tropas negras del ejército califal, e incluso tribus beduinas atraídas por la perspectiva de botín. Bien adiestrados por los soldados negros, los Zany̆ se lanzaron al asalto de ciudades del bajo Iraq [...] Toda la parte sur de Iraq y una parte del sudoeste de Irán fueron ocupadas; en el año 868 los sublevados llegaron a las proximidades de Bagdad” (Mantran, 1973, p. 105).

El califato, bajo el liderazgo de al-Muwaffaq, no reaccionó efectivamente hasta el año 879 y la revuelta fue sofocada finalmente en 893 (Bonner, 2010, p. 324).

Esta revuelta ha pasado a la historia como la mayor rebelión de esclavos de la historia del Islam. Con ella quedaron a la vista nuevamente las debilidades del califato, que incluso llegó a estar en peligro de ser derrotado, ya que mientras se veía obligado a sofocar la rebelión en el sur, se encontró impotente para combatir debidamente movimientos separatistas que estallaron en el Jurasán, el Turquestán y Egipto (Mantran, 1973, p. 106). En esta época, por tanto, empezó a haber regiones o provincias del Imperio gobernadas por emires locales cada vez menos dependientes del gobierno central. Este patrón político y administrativo sería característico en todo el Imperio en los siglos posteriores, como expondré mas adelante.

A pesar de las revueltas en diferentes regiones del Imperio, con los califatos de al-Mu‘tamid y sus sucesores, los Abasíes trabajaron con los soldados, visires, secretarios y demás administradores para restaurar la autoridad califal y con ella la estabilidad imperial. Fue de gran ayuda para mantener la lealtad y contento de las tropas, como decía antes, el hecho de que tanto el califa como el “co-califa” al-Muwaffaq (y tras la muerte de éste también su hijo Abu ‘l‘Abbās), tuviesen afinidades militares, y por tanto fuesen vistos por los soldados como comandantes fuertes, hombres de armas como ellos. Una estrategia que también llevaron a cabo para lograr esta restauración fue utilizar la yihad y la defensa de las fronteras frente a los enemigos del Islam como una herramienta de unificación y legitimación del poder (Bonner, 2010, p. 332).

El sucesor al-Mu‘taḍid (892- 902), que asumió el título de califa con el apoyo del hijo de al-Muwaffaq (ahora también poderoso comandante), fue quien sofocó definitivamente la rebelión de los Zanġ, dando paso así a un nuevo auge de la autoridad califal ya que, a diferencia del gobierno de su padre, al Mu‘taḍid obtuvo popularidad más allá del ámbito militar. Durante su mandato la “Restauración abasí” triunfó y se manifestaron los objetivos de ésta, es decir, recuperar el poder del cargo califal que tuvieron califas como al-Manṣur y que se perdió en tiempos de al-Mutawakkil. Este nuevo califato seguía estando muy militarizado, pero tras la lección aprendida de la crisis de Samarra, los visires y burócratas se ocuparon de mantener poder y control suficientes con sus cargos y de mantener pagado al ejército para evitar sublevaciones. Al-Mu‘taḍid se preocupó también de extender el dominio califal a las regiones gobernadas por emires, que habían sido descuidadas por el gobierno central. Pero a pesar de los éxitos que conllevaban estas medidas, al mismo tiempo suponían grandes costes financieros. Por tanto, ante semejantes exigencias administrativas, en esta época la burocracia abasí alcanzó un alto nivel de eficiencia técnica y complejidad. Los administradores o secretarios (*kuttāb*) que ocupaban cargos en el *diwān*³ entonces, debían reunir múltiples aptitudes:

“por el lado humanista, debían tener un dominio refinado y total de la lengua árabe, tener conocimientos de poesía, historia, caligrafía, y otras materias; por el lado

³ En un contexto gubernamental, el término hace referencia a registros de la administración califal en general, si bien en origen tenía el sentido más específico de registros de tropas. A principios del siglo X, el *diwān* es la institución gubernamental encargada de registrar cualquier aspecto del ámbito califal, como contabilidad de palacio, etc. Al-Mu‘tadid combinó los *diwānes* de cada provincia y estableció uno sólo, llamado *diwān al dar*. Su sucesor al-Muktafi lo reorganizó en tres *diwānes*: uno para las provincias orientales, otro para las occidentales, y uno para Iraq (*diwān al sawād*), aunque permaneció también una oficina central, *diwān al dar*. Tras la ocupación buyí sólo se tienen noticias de *diwān al sawād*, debido al desmembramiento del califato (Duri, 1991, pp. 323 -324).

técnico, debían ser expertos en aritmética y contabilidad, además de estar familiarizados con los distritos fiscales y los procedimientos para gobernarlos” (Bonner, 2010, p. 333).

Esto no hace sino ejemplificar lo que indicaba unas páginas más atrás: los *kuttāb* o secretarios califales eran en esta época una figura de gran importancia en el gobierno, con influencia y capacidad para afectar al rumbo de la política imperial.

Por otra parte, al-Mu‘taḍid trasladó el gobierno central, desde Samarra, de nuevo a Bagdad, llevando así a término un proceso de transición que empezó cuando al-Muwaffaq utilizó Bagdad como base de operaciones en su campaña contra los Zanÿ.

El problema del gobierno de al-Mu‘taḍid fue el hecho de que no llegase a tener un control real sobre mucho territorio más allá de Iraq. El proceso de restauración del califato abasí habría triunfado si el califa se hubiese hecho con el control de los ingresos de otras provincias (Bonner, 2010, p. 335). Y si bien llevó a cabo sus estrategias políticas en este ámbito con inteligencia, hay que tener en cuenta el alto coste económico del ejército y de la burocracia califales. Era necesario mantener ambos a un alto nivel para asegurar la autoridad y efectividad califal, pero al mismo tiempo lastraban al gobierno con sus elevados costes de mantenimiento. Será esta situación, en cierto modo insostenible, característica y frecuente en los gobiernos de los siglos X y XI en Iraq.

LA SITUACIÓN FUERA DE IRAQ

A continuación, para poder comprender mejor el curso que seguirán la política y los cambios dinásticos de poder en los siglos posteriores, me detendré a explicar cómo era el panorama de la jerarquía territorial en las regiones imperiales fuera de las fronteras iraquíes. Para ello, expondré algunas de las dinastías que influyeron en el devenir del Califato. Esta influencia de las regiones periféricas en el gobierno central bagdadí es bastante importante, ya que las posiciones que tomen las diferentes dinastías con respecto a los Abasíes serán decisivas para el futuro del Califato. Por otra parte, debo indicar que la cronología en los cuatro capítulos siguientes adelantará a la época que he tratado hasta aquí, para retomar la línea temporal que he seguido hasta ahora cuando vuelva a tratar sobre los acontecimientos en territorio iraquí, algo que indicaré en el momento oportuno.

Nuevas dinastías en el oriente imperial

Como dice M. Bonner (2010, p. 314), nada ilustra mejor el distanciamiento entre el gobierno central y las regiones periféricas que el caso de la dinastía Tāhirí. Esta dinastía gobernaba en la provincia de Jurasán, donde el gobernador o emir era tahirí, pero también ocupaban una posición importante en Bagdad, donde el cargo de *ṣaḥib al šurṭa* (jefe de las fuerzas de seguridad) les pertenecía, y además tenían propiedades en Iraq. Por este motivo, el traslado de la capital del califato a Samarra tensó su relación con los abasíes, si bien continuaron con una buena posición política y económica, beneficiándose de la importante ruta comercial que unía Europa y el Mediterráneo con Arabia, Persia, China y la India: la Ruta de la Seda. Además, los Tahiríes protegían las fronteras orientales del Imperio, y la corte tahirí en Nīšapur era comparable a la corte abasí de Samarra (Bosworth, 1969, *apud* Bonner, 2010, p. 315). La dinastía tahirí se puede considerar la primera de las dinastías orientales que se alzaron en la región de Irán, pero esta primera es diferente de las posteriores en el hecho de ser “no una dinastía separada, sino simplemente gobernadores (por derechos hereditarios) de la región de Jurasán, siempre leales al califa abasí” (Frye, 1975 pp. 191-192, *apud* Bonner, 2010, p. 315).

Una nueva dinastía desplazaría a los Tahiríes: los Ṣaffaríes, con Ya‘qūb ibn al-Layz al-Ṣaffār a la cabeza, procedente de la región oriental del Imperio conocida como Sīstān. Esta región nunca había estado bajo un control firme por parte del Califato, a pesar de ocupar una localización estratégica importante por su conexión con las montañas del presente Afganistán y con las fronteras de la India (Bonner, 2010, p. 316).

Durante su avance, muchos jariyíes se unieron al bando ṣaffarī. De hecho, uno de los factores que pudieron motivar el avance de este militar de origen humilde fue su motivación religiosa, es decir, la legitimación de su campaña como guerra santa contra infieles y herejes (Bonner, 2010, p. 317). Aunque esto sea cierto en parte, es probable que uno de los motivos principales del avance saffarī sea más bien la ambición de su líder, y no tanto la motivación religiosa, utilizada esta como un medio para legitimar la campaña, impulsada por la ambición del líder. El califa al-Mu‘tamid lo llegó a reconocer como gobernador de Fars, pero en el año 873 Ya‘qub ibn al-Layz se apoderó de Nīšapur, derrotando a los Tahiríes, y se manifestó como una amenaza para el Califato abasí. En el 876 marchó sobre Iraq, pero a 50 millas de Bagdad fue derrotado por un ejército abasí.

Pero a pesar de esta derrota, los Ṣaffaríes mantuvieron el dominio en las regiones persas del Imperio. “Tras la muerte de Ya‘qūb ibn al-Layz al-Ṣaffār en el año 879, su hermano ‘Amr

ibn al-Layz demostró ser un hábil líder (Bonner, 2010, p. 336). Siguió controlando la región de Fars, una región que los Abasíes codiciaban. Debido a este interés, el califa al-Mu‘taḍid estableció relaciones de colaboración con ‘Amr Ibn al-Layz, reconociendo su posición en Fars y en Jurasán; en 898 le nombró gobernador de Transoxiana, que estaba bajo dominio sāmānī. El califa dejó a ambos gobernadores pelear entre ellos, y el dirigente saffārī resultó derrotado. A pesar de esta derrota, los Ṣaffaríes siguieron ostentando el control de la región de Fars hasta el año 910, en el que sucumbió finalmente al dominio abasí. (Bonner, 2010, p. 337)

Como dice Elton Daniel (2010, p. 493) los Saffāríes fueron la versión opuesta de los Tahiríes. Mientras que estos eran aristócratas con una línea dinástica que se remontaba a la Revolución abasí, el primero de los Ṣaffāríes era un plebeyo presuntuoso. Y mientras que los Tahiríes mantenían una relación correcta de respeto con los califas, por su parte el gobernante saffārī mostraba abiertamente el desdén que sentía hacia el Califato abasí.

Otra de las dinastías que constituían el panorama político de la región a finales del siglo IX, y que tendrían una cierta influencia para los Abasíes del siglo X, fue la dinastía dulafí. Desde los días del gobierno de Hārūn al-Rašīd, en la región llamada al-Ŷibāl (Irán central) la dinastía dulafí había mantenido una posición de gobierno hereditario dentro del califato, similar al caso tāhirī. Cuando el dirigente dulafí Aḥmad ibn ‘Abd al-‘Azīz ibn Abī Dulaf murió en 893, el califa al-Mu‘taḍid nombró a su hijo al-Muktafi gobernador de Rayy, Qazwīn, Qumm y Hamāḍan, Este Abasí despojó al último emir dulafí de sus tierras para someterlas al dominio directo del Califato. (Bonner, 2010, p. 336). Al-Muktafi adquirió experiencia como gobernador aquí, para suceder a al-Mu‘taḍid como califa en el año 902. Pero este nuevo califa, del que trataré más adelante, no inspiraba tanta lealtad a las tropas como sus predecesores.

En Yemen, en el año 897, se estableció un estado zaydí, que era šī‘i. Alcanzó “un alto grado de estabilidad, manteniendo la distancia con la política del resto del mundo islámico” (Bonner, 2010, p. 327). Si bien es cierto que este es un caso aislado, sirve para recordar que el dominio del Califato no llegaba a todos los territorios imperiales. Y además este caso de una dinastía šī‘í anticipa la llegada unos años después, en otras regiones, de dinastías šī‘íes más amenazantes para el Califato sunní.

En 902, otra dinastía, la dinastía sāmānī, se hizo con el control de todos los territorios musulmanes al este de Irán. Al principio fueron vicegobernadores al servicio de los Tahiríes en Jurasán y Transoxiana, pero tras la caída de Nišapūr y los Ṭahiríes, en 975 el sāmānī Naṣr ibn Aḥmad se proclamó gobernador de Transoxiana con la aprobación del califa al-Mu‘tamid. En

892 le sucedió su ambicioso hermano, Ahmad ibn Ismā'īl, que derrotó al ṣaffārī 'Amr ibn al Layz en el año 900, haciéndose así con el control de todo Jurasán y Transoxiana (Bonner, 2010, p. 344). El emirato sāmānī se convirtió así en un Estado oriental fronterizo. Esto fue uno de los motivos de la prosperidad de los Sāmānīes, ya que su posición geográfica les daba control sobre el tráfico de esclavos turcos, muy importantes como se ha visto para los ejércitos imperiales. Además, afianzaron su dominio sobre los señores de las regiones de Ušrūsana y Fargānā al Este y Jwarazm al Norte. Durante el gobierno de Naṣr II (914 -943) las relaciones de esta dinastía con los Abasíes fueron, como dice Bonner (2010, p. 344), “correctas pero distantes”. Es decir, sin llegar a mostrarles la deferencia que les mostraron los Tahiríes, tampoco fueron con los califas tan insolentes como los Saffaríes. En cualquier caso, cabe destacar que los Sāmānīes copiaron los modelos de administración fiscal del califato. Modelos de administración complejos y refinados, que serían muy utilizados en diferentes regiones entonces y en los siglos posteriores.

La relación con los califas se volverá más complicada cuando entren en escena los gobernantes buyíes, sobre todo desde que tomen Bagdad y manipulen a su antojo a los califas, nombrando en el cargo a aquellos que más benefician sus intereses, etcétera. Pero esto es algo que trataré más adelante.

El motivo de la caída de los Sāmānīes es relevante, ya que presenta similitudes con la pérdida de autoridad de los califas abasíes debido a comandantes turcos con demasiado peso en el gobierno. El gobierno sāmānī dependió demasiado de sus soldados y comandantes turcos, que (como en Samarra y otros gobiernos islámicos) llegaron a alcanzar más poder y a tener más importancia que los propios emires y burócratas samānīes. Aḥmad ibn Ismā'īl fue asesinado por sus propias tropas turcas, y sus sucesores carecieron de poder real, poder que ostentaban tras el trono generales turcos como Ṭaš y Fā'iḳ (Daniel, 2010, p. 503). De hecho, Naṣr II tuvo que abdicar en 943 tras descubrir una trama en su ejército que pretendía derrocarlo. Su sucesor Nūḥ ibn Naṣr (943 -954) nombró al general turco Ibrāhīm ibn Sīm'yūr gobernador militar de Jurasán. A partir de aquí, y debido a diversas disputas políticas entre Turcos y no Turcos relacionadas con el control de Jurasán, los gobernadores sāmānīes dependieron cada vez más de sus oficiales turcos para mantenerse en el poder.

Así el punto fuerte de los Sāmānīes, que era su capacidad para defender las fronteras orientales de los Turcos de las estepas y suministrar al ejército más soldados turcos, se convirtió en su punto débil al ganar demasiado peso, como dice Mantran (1973, p. 107), “estos mercenarios turcos a los que tuvo que recurrir, que presionaron demasiado a los gobernadores

sāmānīs”. El interés de los sāmānīs para con el Imperio se perdió, ya que no tenían valor al no tener que defender las fronteras orientales de unos Turcos que se habían convertido en musulmanes.

Hubo un intento de restauración de la dinastía sāmānī a finales del siglo X, pero esta empresa fracasó con la muerte del último gobernador sāmānī, que murió en 1005, poniendo fin a esta dinastía, y “marcando el fin de la historia clásica del Islam en el Este [...] y dando paso al período gaznaví” (Daniel, 2010, p. 505).

Ahmad ibn Tūlūn y los Tūlūnīs

Egipto gozaba a finales del siglo IX de una situación de prosperidad, gracias sobre todo a unas fronteras tranquilas y a un auge del comercio en el Mar Rojo y el Mediterráneo (Bianquis, 1998, pp. 87-88). De hecho, Bagdad y Samarra dependían en gran medida de los recursos provenientes de Egipto, pero no por esto dejaba de ser Egipto una región bajo el control califal.

En este contexto surge la figura de Aḥmad ibn Ṭūlūn, fundador de la dinastía Ṭūlūnī, que colocaría a Egipto en el escenario político del califato abasí.

De padre turco, creció en Samarra y Bagdad y recibió educación militar, religiosa y literaria. Sirvió en el ejército en las fronteras del Imperio con los Bizantinos. En el año 868 fue nombrado por Baybak (miembro de la élite gobernante en Samarra) vicegobernador de Egipto. Después de 4 años se hizo con el control total de la administración militar y fiscal de la región egipcia, y alcanzó una sólida posición de autonomía, que mantuvo gracias a la formación de un ejército acantonado en Egipto y también gracias a las buenas relaciones que estableció con la corte abasí (Bonner, 2010, p. 320). Se mostró partidario de al-Mu‘tamid, que como dije anteriormente compartía el cargo con su hermano al-Muwaffaq, y se proclamó *mawlā amīr al mu‘minīn*, es decir, “siervo del comandante de los creyentes”, como gesto de sumisión a la autoridad califal. Pero al-Muwaffaq, ambicionando más poder y no contento con el poder que ostentaba Ibn Ṭūlūn, trató de hacerse con el control de Siria y Egipto, nombrando a Musa ibn Buga gobernador de Egipto y enviándolo a Siria; pero éste fracasó y regresó a Iraq. Mientras tanto, Ibn Ṭūlūn se hizo con el control del distrito fronterizo de Ṭugūr y tras esto de Siria, Palestina y parte de al-Ŷazīra. En Egipto construyó el palacio al-Qaṭa‘ī, en el que estableció la base de su ejército, de una forma muy similar a como sucedió en Samarra medio siglo antes. Este ejército formó la base del poder ṭūlūnī, y gran parte de la riqueza de la administración egipcia se requería para el mantenimiento del mismo, que llegó a contar en sus filas con “24 000 turcos y 42 000 africanos, tanto esclavos como hombres libres” (Bonner, 2010, p. 321).

Un ejemplo de la importante posición que ocupaba Ibn Ṭūlūn en la política abasí de su tiempo es el siguiente: en el año 882, mientras se encontraba en Siria, recibió un mensaje del califa al-Mu‘tamid, en el que éste le decía que había abandonado Samarra y se dirigía a Siria. Ibn Ṭūlūn esperó al califa en Damasco para escoltarle a Fustaṭ. Pero al-Muwaffaq interceptó a su hermano y le forzó a retornar a Samarra (Bonner, 2010, p. 322). Pero si el califa se hubiese llegado a reunir con Ibn Ṭūlūn, Egipto se podría haber convertido en el centro del califato abasí bajo protectorado de los Ṭūlūnías, cambiando de manera radical el devenir de los acontecimientos posteriores.

Pero este encuentro no se llegó a producir, y tras este episodio, en Damasco Ibn Ṭūlūn denunciaba en la *juṭba* (sermón del viernes) “la retención del califa al-Mu‘tamid y la arrogancia de al-Muwaffaq” (Bonner, 2010, p. 322), y llegó a intentar declarar la yihad contra al-Muwaffaq, aunque la declaración no se llevó a cabo. Murió tras una campaña inacabada en Tarsus en el año 884.

Su hijo Jumārawayh se hizo con el control del emirato, algo a lo que se opuso al-Muwaffaq. Jumārawayh trató de hacerse con el control de la región de al-Āzīra, y finalmente al-Muwaffaq “enterró el hacha de guerra” y le reconoció como gobernador de Egipto. Este nuevo gobernador alcanzó notables éxitos, entre los que cabe destacar, como indica M. Bonner (2010, p. 335) la gestión de las finanzas, que permitió a Egipto mantener una buena estabilidad fiscal durante largo tiempo, a pesar de los cambios políticos que tenían lugar fuera de la provincia.

Por su parte, el califa al-Mu‘taḍid continuó con las buenas relaciones entre Abasíes y Ṭūlūnías, esperando mantener una situación provechosa para ambos durante largo tiempo. Pero tras la muerte de Jumārawayh, que fue asesinado en Damasco en el año 896, el gobierno Ṭūlūnī se vio vulnerable, y finalmente se desmoronó, derrotado por los Qármaṭas liderados en Siria por los hijos de Zikrawayh, que vencieron al comandante ṭūlūnī Ṭug̃y ibn Ŷuff cerca de al-Raqqā en 902. “Muchos oficiales ṭūlūnías se marcharon y se unieron a la más prometedora empresa abasí” (Bonner, 2010, p. 336).

Finalmente, al-Muktafi, sucesor de al-Mu‘taḍid, se ocupó de que los Ṭūlūnías se rindieran y en el año 905 el complejo palaciego de al-Qaṭā’i‘ fue derribado (Bonner, 2010, p. 338). Los abasíes tomaron el control de Egipto de nuevo.

La dinastía ijšīdī en Egipto

El restablecimiento de un gobierno abasí en Egipto no fue muy provechoso para el país. La administración egipcia debía enviar anualmente a Iraq grandes cantidades de dinero, y los gastos militares eran elevados. Como dice Bonner (2010, p. 339), no es sorprendente que el gobierno abasí directo sobre Egipto no durase mucho. Tras la sucesión de varios gobernadores, un comandante turco llamado Takīn se hizo cargo en 913, con el beneplácito del gobierno abasí, de la defensa del país, que sufrió varios intentos de ocupación por parte de los Fāṭimīes. Pero por el momento todos estos intentos de invasión fueron frenados: los Fāṭimīes fueron derrotados en 922. Tras la muerte de Takīn en 933 tuvieron lugar disputas por la toma del poder de Egipto, y los Abasíes se vieron incapaces de intervenir en el conflicto. El que salió victorioso fue Muḥammad ibn Ṭug̃y, el hijo de Ṭug̃y ibn Ŷuff, que fue quien combatió a los hijos de Zikrawayh y llevó al estado ṭulūnī al colapso. El nuevo dirigente rechazó de nuevo a los Fāṭimīes en 935, y en 939 recibió la aprobación del califa abasí al-Raḍī para proclamarse gobernador de Egipto bajo el título principesco *ijšīd*, un título originario de Asia Central. Este dio nombre a la dinastía que gobernó Egipto desde entonces hasta el año 968, la dinastía ijšīdī.

Ibn Ṭug̃y se hizo con el control de Siria, reconstituyendo así el Imperio que Ibn Ṭulūn había creado años antes. No obstante, en el año 945 accedió a repartir Siria con el ḥamdaní Sayf al-Dawla (‘Alī ibn Ḥamdān), dejando a este último el control de Alepo, y por tanto la responsabilidad de la guerra santa en la frontera contra los Bizantinos. El Ijšīdī mantuvo la posesión de Damasco, en calidad de gobernador del centro y el sur del país (Brett, 2010, p. 566).

En el estado ijšīdī el ejército era prioritario en la administración del propio estado. Era un estado formado por un *gulām*, Ibn Ṭug̃y, y tras éste fue gobernado por otro *gulām*, en este caso procedente de Nubia: Abū l-Misk Kāfūr. Este último representó el elemento africano en el gobierno frente a los predominantes Iraquíes y Turcos. Además, reforzó su control sobre el ejército. Por otra parte, la administración fue dirigida por Ja‘far ibn al Furat, hijo de un célebre inmigrante de Iraq que ostentaba allí un cargo importante en la administración califal, pero que fue destituido debido al colapso del gobierno central iraquí en la década de 930. Este *wazīr* abasí dio al régimen ijšīdī un modelo administrativo a imitación del de Bagdad (Brett, 2010, p. 567), al igual que había sucedido antes en el caso de otras dinastías más al Este.

Pero en los últimos años de gobierno de Kāfūr el Imperio ijšīdī se enfrentó a diversos problemas: amenazas de invasión por parte de los Nubios; reconquistas bizantinas (Creta,

Chipre) y una derrota naval que dejaría las costas egipcias y sirias expuestas a los ataques bizantinos, además de rivalidades internas con motivo de la sucesión de Kāfūr (Brett, 2010, p. 568).

La dinastía llegaría a su fin con una nueva oleada de imperialismo fāṭimí, como se verá en el siguiente capítulo.

El Ismāʿīlismo: Qármaṭas y Fāṭimíes

La doctrina šīʿí dio lugar a dos tendencias: una moderada, conocida como duodecimana, que en la práctica no era muy distinta de la doctrina sunní, y que fue adoptada sobre todo por Sāmānías y Buyías; la otra tendencia es más extremista, el Ismāʿīlismo, que presenta un dogma mesiánico y es muy diferente de la doctrina sunní (Mantran, 1973. p 114). Las dos sectas ismāʿīlías más importantes son la de los Qármaṭas y la de los Faṭimíes.

El Ismāʿīlismo fue la mayor amenaza para el Califato abasí desde la rebelión de los Zaný. Según Robert Mantran (1973, p. 113), este movimiento se consideró por fuentes hostiles al mismo como revolucionario, dirigido contra la ortodoxia religiosa y los abasíes. Pero añade que esto es un juicio incompleto, ya que también tenía como objetivo la renovación intelectual, y si bien llevaron a cabo acciones violentas contra los abasíes, esto es porque no tenían otro modo de combatirlos. No se debe olvidar que para los Ismāʿīlías, en calidad de šīʿíes, tanto omeyas como abasíes no son califas legítimos, sino usurpadores. Para los sunníes, Qármaṭas y Faṭimíes eran una amenaza para el orden establecido, ya que veían en su ideología el propósito de destruir el Califato.

El origen de los Qármaṭas se remonta al año 890, cuando el Ismāʿīlī Hamdān Qarmaṭ sublevó a los campesinos del sur de Iraq (la región en la que tuvo lugar la revuelta de los Zaný). En poco tiempo los Qármaṭas extendieron su influencia sobre gran parte de Iraq, Siria y Palestina. Uno de los dirigentes Qármaṭas más destacado fue Zikrawayh, que llevó a cabo en Siria actos violentos contra los Abasíes. Pero los Abasíes derrotaron a Zikrawayh y en 906 restablecieron la autoridad del Califato en Siria e Iraq. Así, los Qármaṭas entraron en la clandestinidad en estas regiones. Pero no en Bahrayn, donde un discípulo de Hamdān Qarmat llamado Abū Saʿīd al ʿYannābī fundó en el año 900 un estado qármaṭa en al-Ḥasā. Es destacable de este régimen el hecho de que no contemplase la recaudación de impuestos (Lewis, p. 100, *apud* Mantran, 1973, p. 116) “El hijo de Abū Saʿīd lanzó una serie de expediciones contra Irak, se dedicó a atacar el tráfico de caravanas y en 930 llegó a ocupar La Meca” (Mantran, 1973, p

116). En los años posteriores los Qármatas continuaron siendo una amenaza para el Califato, si bien su actividad militar disminuyó.

Por su parte, los Fāṭimíes empezaron a extender su dominio desde Ifrīqiya (actual Túnez y la parte oriental de Argelia) tras haber derrotado a los Aglabíes, que dominaban hasta entonces la región manteniendo buenas relaciones con el gobierno abasí. Los Fāṭimíes derrotaron a estos gracias a un ejército que el misionero yemení Abū ‘Abd Allāh había reclutado con este propósito. El líder fāṭimí ‘Ubayd Allāh entró en la capital, Raqqada, en el año 910.

“En enero de 910, [‘Ubayd Allāh] tomó el título de *mahdī* y el de *amīr al mu`minīn* y fue aclamado por una población que Abū ‘Abd Allāh había conseguido ganar para su señor al suprimir todos los impuestos extraordinarios instituidos por los Aglabíes y al administrar el país sin ejercer la más mínima violencia” (Mantran, 1973, p. 118).

Controlaron todas las rutas comerciales que conectaban el sur del Sáhara y Sudán con el Mediterráneo y llegaron a dominar Sicilia. En una época en la que el comercio con Europa occidental estaba en auge, el control de los puertos de Sicilia benefició mucho al Estado fāṭimí. De hecho, tal fue la importancia de estos puertos entonces que Palermo se convirtió en aquella época en una de las ciudades más importantes del Islam (Bonner, 2010, p. 341).

Por otra parte, para gobernar los Fāṭimíes se apoyaron en los esclavos de origen eslavo, ya que no confiaban en los Bereberes, que no se mostraban contentos con la política fiscal fāṭimí. Algunos de estos esclavos eslavos llegaron a ocupar puestos importantes en el ejército y en la administración (Mantran 1973, p. 119). Vemos de nuevo cómo esclavos ascienden en la jerarquía gracias a la carrera militar, al igual que sucedía con los Turcos en Iraq.

Pero el propósito de los Fāṭimíes iba más allá: ambicionaban conquistar Egipto para desde ahí poder derrotar al Califato abasí y hacerse con todo el Oriente imperial.

Finalmente, aprovechando la situación confusa de la dinastía ijšīdī, el jefe del ejército Jawhar (un esclavo eslavo que ascendió en el gobierno Fāṭimí) conquistó en pocas semanas todo Egipto, en 969, y fundó la ciudad del Cairo en 970 (Mantran, 1973, p. 119). En 978 Siria, bajo dominio qármata, fue también tomada por los Fāṭimíes.

Durante los dos siglos siguientes, Egipto fue un Estado šī‘ī:

“El Califato fāṭimí se mostró entonces, más que el de Bagdad, como el campeón del Islam frente al Imperio cristiano de Constantinopla, en pleno renacimiento [...] A

todo esto vino a sumarse la adhesión de las ciudades santas: el fāṭimí suplantó entonces verdaderamente al abasí [...] La actividad económica de Egipto adquirió un empuje considerable gracias a las medidas fiscales que se tomaron, suplantando a Bagdad y Basora en el comercio de tránsito entre el Mediterráneo y el océano Índico. Las ciudades comerciales italianas (Pisa, Amalfi y Venecia) convirtieron a Alejandría en su principal puerto de intercambios en el Mediterráneo oriental” (Mantran, 1973, pp. 119 -120).

Esta situación influyó en la política en Iraq, pero no en la situación de los propios Abasíes, ya que durante el dominio fāṭimí de Egipto los califas abasíes ocupaban una posición que no iba más allá de ser nominal, sin ningún poder real, como explicaré en los capítulos siguientes, en los que retorno a la región de Iraq a principios del siglo X para continuar de nuevo con una cronología lineal, explicando la poco relevante posición de los califas abasíes durante dos siglos, desde la ocupación buyí de Bagdad hasta el renacimiento del poder abasí avanzado el siglo XII, cuando estaba terminando la época de dominación de los Selýuqíes.

IRAQ A PARTIR DEL SIGLO X: FIN DEL CALIFATO ABASÍ INDEPENDIENTE

De al-Muqtadir a la conquista selyuqí. Los Buyíes en Iraq

La Restauración abasí cosechó múltiples logros y reformas que reforzaron de nuevo el poder de los califas de Bagdad frente a otras potencias y dinastías. Pero todos estos triunfos se desvanecieron en la primera mitad del siglo X.

En 908 se proclamó, con el correspondiente gasto en donativos y regalos para el ejército, un nuevo califa, al-Muqtadir, hermano del fallecido al-Muktafi. Cuando ascendió al trono tenía 13 años, por lo que era susceptible de ser fácilmente manipulado por el visir, al ‘Abbas ibn Ḥasan. Este visir fue víctima de un golpe de estado, organizado por oficiales liderados por el comandante árabe Ḥusayn ibn Ḥamdan (es llamativo que en esta ocasión no fuese Turco), quien destituyó a al-Muqtadir, sustituyéndolo por ‘Abd Allah ibn al-Mu‘tazz. Pero los seguidores de al-Mu‘tazz se disolvieron debido a la ineptitud con que llevaron a cabo sus planes, mientras que un grupo de oficiales y administradores partidarios de al-Muqtadir se organizaron y ejecutaron o enviaron al exilio a al-Mu‘tazz y a sus seguidores, y al-Muqtadir volvió a ostentar el título de califa. Durante su gobierno tuvo que hacer frente a rivalidades entre diversas facciones gubernamentales, las cuales imposibilitaban mantener la estabilidad financiera y administrativa del gobierno. Esta situación de inestabilidad desembocaría en un nuevo golpe de estado en el año 929, esta vez llevado a cabo por Mu‘nis al-Jādim, un soldado que durante los años

precedentes salvó al Califato en varias ocasiones, venciendo a los Faṭimíes en Egipto (Bonner, 2010, p. 349). Tras las diferentes disputas que sucedieron a este golpe de estado finalmente al-Muqtadir fue asesinado, y su hermano Muḥammad al-Qahir subió al trono en 932 con el apoyo de Mu'nis, ahora cabeza del ejército y del gobierno.

Así, tras la muerte violenta de al-Muqtadir se repitió la situación de dominación militar que había tenido lugar en Samarra' en la década de 860. Tras un año de enfrentamientos entre diversas facciones gubernamentales, Mu'nis fue asesinado por el propio al-Qahir. Además, el gobierno de Bagdad perdió de nuevo el control de las provincias, incluida al-Ŷazīra, en poder de los Ḥamdaníes, y los Qármaṭas eran una amenaza constante (Bonner, 2010, p. 352). En este contexto, el sistema fiscal del Califato, que como he dicho estaba lastrado por la inestabilidad que motivaba la incertidumbre política tanto dentro como fuera de Iraq, se desmoronó. Todos estos factores no hicieron sino acentuar la situación de declive del Califato que con mayor o menor intensidad amenazaba a la institución desde la crisis de Samarra de la década de 860, a pesar de algunos gobiernos califales con los que la autoridad abasí había tratado de recuperar su esplendor.

Al-Qahir fue sucedido por al-Raḍī (934 -940). Durante el califato de este último, entra en escena Muḥammad ibn Ra'iq. Gobernador militar en Bagdad, Basora y Wasīt, en 936 el califa al-Raḍī le concedió el codiciado título de *amīr al umara'*, o comandante de comandantes. En los años posteriores este cargo sería disputado por diversos oficiales que deseaban ocupar las funciones inherentes al *amīr al umara'*: en 942 el propio ibn Ra'iq sería asesinado por Ḥasan ibn Abī al-Hayṡa, un emir šī'í hamdaní de Mosul, quien ostentaría el mencionado título durante un breve período de tiempo; Baŷkam y Tuzun, dos comandantes turcos procedentes del Este, lo ostentaron también cuando ocuparon Bagdad en 943. Entonces el califa vigente era al-Muttaqī, hermano del anterior califa al-Raḍī. Este califa trató de formar una alianza con el gobernador ijšīdī de Egipto para poder expulsar al comandante turco Tuzun de Bagdad, pero esta alianza no se llevó a cabo y en 944 Tuzun depuso al califa abasí (Bonner, 2010, p. 356).

En 945 el emir buyí Aḥmad ibn Buya, hermano de Ḥasan ibn Buya, fundador de la dinastía buyí, entró con sus tropas en Bagdad y asumió el cargo de *amīr al umara'* y el título honorífico de *Mu'izz al-Dawla*. Al no encontrar de acuerdo con sus intereses a al-Mustakfī, el entonces califa abasí, lo destituyó y nombró a otro que consideró mejor para sus planes: al-Muṭī'lillah, que gobernó desde 946 hasta 974 (Bonner, 2010, p. 356).

Los Buyíes, una dinastía persa šī'í, procedían de la región de Daylam, situada al suroeste del Mar Caspio. Habían alcanzado grandes éxitos militares en las décadas de 930 y 940 en las regiones de Kirmān y Fars. En la segunda mitad del siglo X controlaron además al-Ŷibāl e Iraq e incluso llegaron a conquistar Omán. Es decir, los Buyíes gobernaron en Bagdad, el centro del Califato. No obstante, no acabaron con el califato abasí que, a pesar de carecer de capacidad para gobernar en aquel momento, era indispensable para que los Buyíes pudiesen legitimar sus gobiernos. “Así transcurrió un siglo de coexistencia entre los emires buyíes y los debilitados califas abasíes, carentes de autoridad real”, como dice Kennedy (2010, p. 356).

La legitimidad que daba el reconocimiento califal a los emires buyíes era un factor importante, ya que entre otros motivos es la razón de que durante la dominación buyí de Iraq, y tras ésta la dominación selŷuqí, los califas abasíes no fuesen derrocados definitivamente, sino que oficialmente fuesen mantenidos en el cargo por su influencia moral, si bien no política, y su citada capacidad para legitimar a emires y más adelante sultanes.

Este reconocimiento aportaba dicha legitimidad para varios ámbitos diferentes: por una parte, los Buyíes eran šī'íes, pero el califato abasí y otros emiratos eran sunníes. Es decir, el reconocimiento del califato sunní daba a la dinastía buyí legitimidad para con los emiratos sunníes. Por otra parte, controlar la autoridad del Califato y de los emiratos sunníes daba a los emires buyíes la autoridad y el respeto necesarios para poder mantener buenas relaciones diplomáticas con el exterior del Imperio. Además, el hecho de que los emires buyíes dejasen de lado sus diferencias con los sunníes, como apunta Cahen (1987, p.1352), significa que “dieron más importancia a la política que a la religión”, algo aparentemente novedoso en el Imperio islámico. A pesar de esto último, el factor religioso sí sería importante más adelante, al surgir disputas en Iraq entre sunníes y šī'íes, desestabilizando, junto con otros motivos que expondré unos párrafos más adelante, a los gobiernos buyíes.

Teóricamente los Buyíes ejercieron su autoridad como gobernadores bajo la autoridad superior de los califas abasíes. Pero los propios califas carecían de autoridad real. Ningún instrumento de gobierno en Bagdad dependía del califa ni de la ley califal, sino que todo, incluido el cargo de visir, eran instituciones ligadas al emirato buyí y dependientes de él, aunque esto no supuso cambios relevantes en la distribución y las funciones de la administración y la organización gubernamentales (Cahen, 1987, p. 1352), que continuaron con los modelos establecidos anteriormente, los cuales habían alcanzado un alto nivel de complejidad y eficiencia, como indiqué en capítulos anteriores.

Pero a finales del siglo X comenzó el proceso de declive que terminaría en el colapso de la dinastía buyí. Constantes rivalidades por la sucesión del trono buyí motivadas por el carácter hereditario y poco definido del sistema sucesorio buyí se sumaron a las amenazas de invasiones. A partir de 950 se habían desatado disputas y conflictos en Bagdad entre sunníes y šī'íes. Los sunníes acusaban al gobernador buyí, que era šī'í, de “[...] favorecer a los šī'íes y sembrar la discordia. Esta turbulenta situación animó a los Bizantinos a reemprender la lucha contra los musulmanes” (Mantran, 1973, p. 121). Los Bizantinos reemprendieron así las ofensivas en el Norte de Siria, pero estos combates entre bizantinos y árabes no motivaron cambios territoriales. Por el contrario, como dice R. Mantran (1973, p. 121), estos combates contribuyeron a desarrollar en ambos bandos un sentimiento nacional y una estimación recíproca.

En las fronteras orientales la situación fue diferente de las fronteras bizantinas, y las amenazas de invasiones en este frente sí conllevarían consecuencias muy relevantes: en 1029, el gobernador de los Gaznavíes, Maḥmūd de Gazna, que había estado ocupado en campañas en la India, conquistó la provincia buyí de Rayy. De hecho, esto sucedió después de que el propio gobernador buyí de Rayy solicitase la ayuda del Gaznaví para sofocar un motín de las tropas de Rayy (Busse, 1975, p. 299). Después los Gaznavíes fueron desplazados hacia Oriente por los Turcos selŷuqíes, pero no sin antes haber debilitado a los Buyíes y allanado el camino para los mencionados Selŷuqíes.

A estas amenazas de invasiones hay que añadir otro factor que agravó la situación económica de la confederación buyí, un factor que explicaré a continuación, relacionado con el comercio marítimo: los Buyíes controlaban hacia el año 1000 puertos importantes del Golfo pérsico, entre los que se cuenta el puerto de Šīrāf. Y estos puertos eran una fuente de ingresos importante para la economía de los emiratos buyíes. Pero a principios del siglo XI, el comercio del Océano Índico con Occidente cambió sus concurridas rutas con escalas en el Golfo pérsico, desviando estas rutas hacia los puertos del Mar Rojo. El motivo de esta alteración de las rutas comerciales fue: diversas revueltas en el bajo Iraq; la presencia de los Qārmatas en Baḥrayn, a los que los Buyíes no podían controlar; el imperialismo económico de los Fāṭimíes, que estaban desarrollando en Egipto un Imperio próspero, capaz de rivalizar con Bagdad. Las condiciones económicas favorables que ofrecían los Fāṭimíes eran atractivas para los barcos mercantes de Italia (Cahen, 1987, 1355), que optaban por hacer escalas en esta nueva ruta alternativa.

No obstante, esta situación de debilidad de los Buyíes benefició al califato abasí de Bagdad. Por primera vez en los últimos cien años, el califa retomó parte de su poder e influencia

en Iraq. Y si bien esto no fue suficiente para recuperar el esplendor que había ostentado el Califato en el pasado, sí dio esperanza a los sectores sunníes de poder construir un estado basado en la ortodoxia (Cahen, 1987, p. 1356). A principios del siglo XI, los Abasíes asumieron el papel de “campeones del sunnismo”. Mientras el poder buyí en Bagdad decaía, los Abasíes incrementaron su poder y estatus, comprometidos con la causa sunní y alentados por los éxitos de Maḥmūd de Gazna, que se proclamaba un convencido sunní, de posición anti búiya y por tanto anti šī‘í (Kennedy, 2010, p. 391).

En esta época de resurgimiento abasí y caos político, el emir buyí Ŷalāl al-Dawla (1025-1044) gobernó en Bagdad sin poder político e incapacidad económica. Durante esta época, la ciudad de Bagdad (junto con el emirato de Fars, al Este, eran entonces los últimos dominios de la dinastía buyí) “se convirtió en una ciudad sin ley” (Kennedy, 2010, p. 369), hasta que, en 1055, el dirigente seljuquí Tugril Bey entró en Bagdad sin encontrar resistencia. Depuso al último emir buyí, restauró el orden en la ciudad y llevó a cabo la *juṭba* con la aprobación del califa abasí al-Qā‘im. Los Turcos de Oguz tomaron el control de Iraq, manteniendo al califa abasí como gobernante titular (Cahen, 1987, p. 1356).

Así termina el siglo de dominación buyí, dando paso a la época de los Selᶥuquíes en Iraq. Para los califas abasíes, quienes recordemos ostentaban el título de califa en calidad de gobernantes titulares, sin capacidad ninguna para gobernar, la situación en las primeras décadas de dominación selᶥuquí mejoró en comparación con los inestables gobiernos Buyíes de la primera mitad del siglo XI. En el capítulo siguiente expondré cómo fueron los gobiernos Selᶥuquíes en Iraq.

El Califato abasí durante la dominación selᶥuquí

Mientras los Gaznavíes, como he mencionado anteriormente, centraban sus campañas en Afganistán y la India, entraron en el Imperio musulmán los Turcos de Oguz, entre los que destacan los Selᶥuquíes.

“Después de haber derrotado a los Gaznavíes [en Dandānqān] en 1025 y de haberlos rechazado hacia el Este, [los Selᶥuquíes] ocuparon Irán y Jurasán [...] Sunníes convencidos, los Selᶥuquíes eliminaron a los šī‘íes, incluidos los últimos Buyíes. Entraron en Iraq y en 1055 ocuparon Bagdad, convirtiéndose entonces en defensores y

protectores del Califato abasí. Éste, satisfecho de poder contar con una fuerza segura frente a los Faṭimíes, concedió a Tugril Bey el título de sultán” (Mantran, 1973, p. 137).

La posición que ocupó Tugril Bey entonces como sultán fue problemática para los teólogos y juristas de la época, que tuvieron que acomodar al sultán en calidad de máxima autoridad secular, junto al califa, quien teóricamente era el portador de todo el poder, si bien en la práctica en esta época era quien ostentaba una gran influencia moral y religiosa, y no poder real (Bosworth, 2010, p. 42) De hecho es relevante mencionar que los Selyuqíes son los que dan al título de sultán un nuevo sentido, ya que hasta entonces era un término que hacía referencia al poder, generalmente el que ostentaba el propio califa. Pero son los gobernadores selyuqíes los primeros que utilizan el término “sultán” como título supremo de uso regular para un gobernador⁴, dándole el sentido ya no tan amplio de “poder”, sino de “el que ostenta el poder”, sirviendo de precedente para Sultanes Mamelucos y Otomanos en siglos posteriores (Kramers, 1997, p. 850).

Pero retornando a los primeros sultanes selýuqíes y la política iraquí: tras la muerte de Chagri Bey, hermano de Tugril Bey y gobernador de los territorios orientales del Imperio selýuqí, en 1060, y la muerte del propio Tugril Bey tres años después, en 1063, nos encontramos un vasto imperio que demandaba un liderazgo sólido y unificado. La sucesión no estuvo clara, y hubo una crisis en torno a este aspecto, tras la cual el hijo de Chagri Bey, llamado Alp Arslan, ocupó el trono selýuqí, apoyado por un grupo de comandantes del ejército selýuqí que aspiraban a consolidar “un ejército profesional, pagado y poderoso” (Bosworth, 2010, p. 44), y también por el visir personal de Alp Arslan, Abū ‘Alī al-Ḥasan Nizām al-Mulk, un convencido sunní que guiaría al Imperio selýuqí durante los dos mandatos que consolidaron el apogeo selýuqí: el de Alp Arslan (1063 -1073) y el de su hijo Malik Šāh (1073 -1092).

Durante el mandato de Alp Arslan el Sultanato selýuqí se expandió hacia el oeste: conquistaron Armenia, Transcaucasia y Anatolia. Además, consolidaron el poder del Sultanato en Persia e Iraq (Bosworth, 2010, p. 44), si bien la frontera oriental se mantuvo en las montañas de Afganistán, que dejaban a un lado a los Selýuqíes y al otro a los Gaznavíes. Por tanto, Alp Arslan alcanzó estabilidad para el Imperio selýuqí, la mayor potencia en los territorios islámicos centrales y orientales.

⁴ En el siglo XII el título ya se había convertido en el título más alto que un príncipe musulmán podía obtener. Y en la literatura del siglo XIII ya aparece el término sultán como un título que indica una absoluta independencia política (Kramers, 1997, p. 850)

El sucesor de Alp Arslan, el mencionado Malik Šāh, mantuvo los logros de su padre y llegó incluso a expandir el territorio selýuqí al norte de Siria y la región de al-Ýazīra, y hasta regiones de la Península arábica tales como Yemen y al-Aḥsā'. El norte de Siria y al-Ýazīra fueron una barrera contra el poder Fāṭimí, la gran potencia del Oeste hasta el siglo XII.

Mientras tanto, y también favoreciendo a lo anterior, el visir Nizām al-Mulk dirigió la política estatal valiéndose del Gran *Dīwān*, el cual reformó al estructurarlo con el modelo administrativo propio de un estado persa-islámico (Bosworth, 2010, p. 49). Además, el ejército del Sultanato selýuqí se reformó siguiendo el modelo empleado por numerosos califas abasíes anteriormente: un ejército basado en tropas de *gilmān* turcos, apoyadas por tropas árabes, armenias y griegas (Bosworth, 2010, p. 51). Este ejército conllevó el mismo problema al que anteriormente se había enfrentado el califato abasí: el elevado coste de mantenimiento, un obstáculo al que todos los gobernadores de diferentes dinastías se tuvieron que enfrentar.

Por su parte, las relaciones de los Selýuqíes con los Abasíes eran “correctas, si bien en ocasiones hostiles” (Bosworth, 2010, p.56). Desde la época de Alp Arslan hubo en Bagdad un gobernador selýuqí en calidad de gobernador militar para mantener la autoridad y los intereses del sultán selýuqí en toda la región de Iraq. Las relaciones diplomáticas del Sultanato selýuqí con el Califato eran tratadas por el visir Nizām al-Mulk, como portavoz selýuqí, con los propios visires del califa abasí. Estas relaciones se caracterizaban, como cité anteriormente, por ser frívolas y cordiales, alternativamente, si bien la relación fue más estrecha durante un tiempo cuando el califa al-Muqtadī se casó con una de las hijas del sultán Malik Šāh (Ibn al-Athīr, vol X pp. 110-120, *apud* Bosworth, 2010, p. 56).

En este contexto entraron en escena los Ismā'īlīes, una amenaza para los sunnīes. En 1092, apenas dos meses antes de la muerte del propio sultán selýuqí, el visir Nizām al-Mulk fue asesinado, presumiblemente por asesinos Ismā'īlīes nizārīes. Fue entonces cuando se notifica el establecimiento de numerosos focos de actividad ismā'īlī dentro de las fronteras del propio Imperio selýuqí: en el norte de Siria, la región montañosa de Elburz, Quhistān, Jurasán y la región de Isfahān. Estos grupos estaban relacionados con los Ismā'īlīes del Egipto fāṭimí. La toma de la fortaleza de Alamūt, en la región de Daylam, en 1090 por el Ismā'īlī Ḥasan i Šabbāḥ dio al movimiento ismā'īlī una base desde la que diferentes líderes, que se consideraban a sí mismos como los legítimos imāmes, resistieron hasta la época del conquistador mongol Hülagü Jan en 1256. Estos entusiastas ismā'īlīes no llegaron a ser lo suficientemente numerosos, por lo que, en lugar de optar por tropas en sus acciones ofensivas, empleaban la selectiva táctica de los asesinatos políticos, una estrategia de ataque que podía afectar en gran

medida al devenir de los estados de la época, debido a la importancia de los líderes en gobiernos como el selýuqí, en el que el asesinato de un líder podía provocar disputas por la sucesión del trono que debilitarían al Imperio y a largo plazo podrían incluso conllevar a su caída, como sucedió en parte con la dinastía buyí y como se repetirá con la propia dinastía selýuqí tras su época de esplendor, como explicaré más adelante.

Por otra parte, la presencia de los Isma'ílíes motivó en el siglo XII el miedo para el Islam sunní de existir una amenaza desde dentro del Imperio, por lo que en este siglo se enviaron varias expediciones militares contra las fortalezas ši'íes de las montañas (Bosworth, 2010, p. 57).

Por su parte, la muerte del sultán Malik Šāh supuso el fin de la época de esplendor selýuqí, el fin de la época de los Grandes Sultanes selýuqíes. Surgieron disputas entre los diferentes candidatos para la sucesión, disputas que desencadenarían en el año 1095 en una guerra civil entre los hijos del difunto sultán (Bosworth, 1995, p. 942).

Afortunadamente para los selýuqíes, a principios del siglo XII no tuvieron que preocuparse de ataques Fāṭimíes, ya que entonces eran una amenaza mayor para estos últimos los Cruzados francos, que invadieron las costas sirias. Fue de hecho en la primera década del siglo XII cuando los Fāṭimíes perdieron Jerusalén y el control de todas las ciudades costeras mediterráneas de la región, a excepción de Tiro y Ascalón, que perderían también en 1154. Fueron derrotados al tratar de invadir Palestina por cruzados venecianos en 1123. Entre 1164 y 1169 los Francos llevaron a cabo varias invasiones en territorios de Egipto (Lev, 2010, pp. 217-218). Fue con la entrada en escena de los Ayyūbíes, con líderes como Nūr al-Dīn y Saladino, cuando los Francos encontraron una mayor resistencia.

Volviendo a Iraq: tras la guerra civil por la sucesión selýuqí, en 1105 se alzó victorioso Mahmūd I, hijo de Malik Šāh, que gobernó desde entonces hasta 1118. Durante su mandato socorrió a los emires de Siria, desafiados por los Cruzados francos, y llevó a cabo campañas en Daylam e Işfahān contra los anteriormente citados Ismā'ílíes. Además, estrechó lazos con los Abasíes gracias al matrimonio de la hermana del sultán selýuqí con el califa abasí al-Mustazhir en 1108 (Bosworth, 2010, p. 61).

Pero tras este mandato el gobierno del Imperio selýuqí se dividió: a Mahmūd I le sucedió su hermano Sanýar como gobernador en el norte de Persia y Jurasán, mientras que en Iraq y Persia occidental gobernó su hijo Maḥmūd II. Pero ya sin una autoridad central, el Imperio selýuqí fue testigo de su propio declive, que se prolongaría hasta la llegada de una potencia

extranjera e infiel a territorio musulmán: los Qara Jiṭay, procedentes del Norte de China, que avanzaron por la región de Transoxiana y el Este de Samarcanda, debilitando el dominio del territorio selṷuqí oriental a partir de 1140 (Bosworth, 1995, p. 943).

En 1152, con la muerte del sultán selṷuqí Mas‘ūd, el último sultán selṷuqí en Bagdad, el Sultanato selṷuqí del Oeste entró en su fase final de declive. Tras esta fecha, tuvieron lugar nuevas disputas por la sucesión del trono selṷuqí, lo que no hizo sino contribuir más a este declive del poder selṷuqí.

Los últimos Sultanes selṷuqíes (Arslan Šāh, que gobernó entre 1161 y 1176, y su hijo Tugril III, que gobernó entre 1176 y 1194 en Persia occidental) vieron cómo su poder y dominio decaían en Iraq bajo el nuevo auge abasí (Bosworth, 2010, p. 58). A partir de 1188, con la caída de los últimos Selṷuqíes también al Este de Iraq, en Kirmān, sólo en la región de Anatolia permanecieron los Selṷuqíes de Rūm, que gozaron de un período de esplendor hasta que se convirtieron en vasallos de los Mongoles a partir de 1243.

Renacimiento del poder abasí

El Califato abasí, por primera vez en más de dos siglos, recuperó en el siglo XII un importante poder e influencia. Califas como al-Mustaršid (1118-1135) y sus sucesores, y sobre todo al-Nāšir (1180-1225), jugaron un papel decisivo en diferentes campañas militares, y gozaron de altos poderes políticos en Iraq y el Oeste de Persia, incrementando el poder político y militar de los califas abasíes de nuevo.

Por ejemplo, el califa al-Muqtafi (1136-1160) reclutó un ejército cuyas tropas estaban constituidas por *gilmān* de Armenia y de Rūm. El motivo de que este califa construyese su nuevo ejército con soldados de Armenia y Rūm es que los célebres soldados turcos no eran ya fiables en cuanto a lealtad, menos aún para combatir a potencias de origen oriental como los propios Selṷuqíes, quienes recordemos procedían de las tribus de Turcos de Oguz. De hecho, el poder de los Turcos en territorio musulmán, que había aumentado de forma intermitente desde los tiempos de al-Mu‘tašim, estaba ahora consolidado. “Ya no eran esclavos ni soldados liberados importados de Asia Central; Turcos nómadas libres empezaron en época selṷuqí a emigrar desde los confines orientales del Imperio y desde más allá de estas fronteras orientales hacia el Oeste, alterando la configuración étnica de Oriente Medio” (Lewis, 1986, p. 20).

En cualquier caso, con este ejército el abasí fortaleció y defendió Bagdad, y fue capaz de derrotar en varias ocasiones a los Selýuqíes. Tras la muerte del Sultan Mas'ūd, al-Muqtafi se hizo con el control de todas las construcciones y propiedades selýuqíes de Bagdad, acabando definitivamente con la influencia y presencia selýuqíes en la región (Bosworth, 2010, pp. 63-64).

Con el colapso del poder selýuqí, llegó el turno del abasí al-Nāşir para llevar a cabo un último intento de restaurar completamente la autoridad del Califato. Además, la situación entonces era favorable para dicha empresa: al Oeste, los Ayyūbíes de Egipto y Siria, la mayor potencia de la región entonces, estaban centrados en las campañas contra los Cruzados cristianos; y al Este las diferentes dinastías turcas combatían entre sí o contra el amenazante avance de los Mongoles (Lewis, 1967, p. 20). Aprovechando por tanto estas circunstancias, al-Nāşir trató de establecer un estado califal en Bagdad y en todo Iraq, consiguiendo alcanzar un nuevo auge del poder del Califato abasí, que no se había vuelto a manifestar desde principios del siglo X.

“Al-Nāşir tenía la visión de un rejuvenecido mundo islámico, y esperaba establecer de nuevo el Califato como el centro espiritual y secular para todos los musulmanes, al margen de sus diferentes lealtades, incluyendo por tanto en este proyecto tanto a sunnís como a şī'íes moderados” (Bosworth, 2010, p. 71).

Uno de los mayores logros de este califa a ojos de los sunnís fue que consiguió convencer al Maestro isma'ílí de Alamut, Ýalāl al-Dīn Ḥasan III, para abandonar la doctrina radical y unirse al sunismo. Esto no es sino un ejemplo de la política que siguió este califa, una política con ambiciones de unificación religiosa y renovación estatal. La empresa que acometió se puede calificar de ambiciosa, si bien hay que añadir que triunfó en la mayoría de sus proyectos, si bien a largo plazo fueron en vano debido varios motivos que expondré más adelante.

El gobierno de al-Nāşir fue el tipo de gobierno que necesitaba no sólo el irremediabilmente decadente (a pesar de los tiempos de resurgimiento que ahora estoy narrando) califato abasí, sino el fragmentado Imperio islámico al completo, dividido territorialmente por dinastías que se alzaban y caían. Fue un gobierno ambicioso pero ordenado y equilibrado, ya que no se limitó al expansionismo, la reforma religiosa, la reforma militar o a las alianzas estratégicas, sino que acometió todos estos campos de un modo calculado, sin abandonarse a impulsos de ambición descontrolada, pero con una clara ambición de reestructurar de forma sostenible y

equilibrada el Califato y por extensión, debido al hipotético triunfo de éste, todo el Imperio islámico.

En el terreno político, logró restaurar la autoridad abasí, devolviendo el prestigio a la institución del califato. Fortaleció y consolidó el Califato contra cualquier ataque militar, político o ideológico. Dispuso de un ejército fuerte y propio, es decir, directamente bajo su mando, algo que no habían tenido los abasíes en los últimos dos siglos. Pero además fue muy inteligente al llevar a cabo diferentes alianzas políticas que le favorecieron al otorgarle ventajas estratégicas (Hartman, 1992, p. 997).

No obstante, los Ayyubíes se quejaron de la falta de interés de al-Nāṣir en cuanto a la Guerra Santa de los musulmanes contra los Francos (Hartman, 1992, p. 998). Esto influyó en sus relaciones con Saladino (o Ṣalāḥ al-Dīn), y después con el sucesor de este último, al-Malik al-Afdal. El hecho de no responder a varias peticiones de ayuda por parte de los Ayyūbíes en su lucha contra los Cruzados francos influyó en el hecho de que más tarde, en 1224, fuesen los Ayyūbíes quienes no enviaron refuerzos para socorrer a las fuerzas califales, que trataban de frenar el avance mongol.

Las invasiones mongolas y el fin del Califato abasí

En 1218, el líder mongol Kūšlūg, de los Mongoles Naiman de Altai, ya había tomado el control de los Qara Jitay y de otras fuerzas de la región de Turkistān, facilitando el avance de las hordas de Gingis Jan hacia el Oeste (Forbes Manz, 2010, p. 132).

Es probable que al-Nāṣir entrase en negociaciones con los Mongoles. A principios del siglo XIII el califa convocó a los Mongoles a territorio musulmán para llevar a cabo algún tipo de embajada diplomática, pero en la historiografía de la época este asunto no está especificado. En cualquier caso, en 1222 se puso de manifiesto la debilidad de esta supuesta alianza entre Mongoles y Abasíes. Los Mongoles ya se estaban preparando para atacar Iraq, y al-Nāṣir tuvo que lidiar con un ataque directo sobre Bagdad. Declaró la yihad y, dejando de lado rivalidades pasadas, los gobernadores Jwārazmíes (aunque, como mencioné anteriormente, no los Ayyūbíes) se unieron al califa para combatir el avance de los Mongoles. Si bien esta batalla no se llegó a producir aún debido a que Gingis Jan se retiró entonces hacia el Este, los Mongoles continuaban siendo una amenaza para Iraq (Hartman, 1992, p. 998)

El prometedor gobierno de al-Nāṣir, de haber continuado gobernando tras él califas capaces con posiciones políticas definidas e inteligentes, a la vez que ambiciosas, como las que

tuvo él, habría tenido resultados más relevantes a largo plazo y quizás el devenir de la historia de todo el Imperio habría sido diferente, pudiendo, en primer lugar, hacer frente al avance de los Mongoles de manera más fuerte y estratégicamente inteligente, bien en el ámbito militar, bien en lo referente a tratados y alianzas. Pero los sucesores de al-Nāṣir fueron “débiles e incompetentes” (Lewis, 1986, p. 21), y el último de los califas abasíes en Iraq, al-Musta‘ṣim, fue incapaz de ofrecer resistencia frente a las invasiones mongolas. Por tanto, aunque los Mongoles no hubiesen sido una amenaza, el renacimiento del poder abasí impulsado por al-Nāṣir probablemente habría fracasado, ya que tras él sus logros se habrían desvanecido, al igual que había sucedido en otras ocasiones similares en los siglos anteriores.

Pero los Mongoles fueron no sólo una amenaza, sino un enemigo que arrasó Iraq, entre otras muchas regiones, marcando un punto de inflexión en la historia no sólo del Imperio islámico, sino también de China, Rusia o Afganistán.

El general mongol Hülagü Jan, nieto del Gengis Jan, llegó a Samarcanda en 1255, tras haber conquistado la región de Alamut, y convocó a ejércitos mongoles del Este para asaltar Bagdad. En 1258 el califa no aceptó las condiciones que los invasores del Este le ofrecieron, y el asedio de la capital iraquí empezó el 29 de enero de 1258. El 4 de febrero, apenas unos días después, el califa se rindió. La ciudad fue saqueada por los invasores durante siete días (Forbes Manz, 2010, p. 143), siendo arrasada. El 14 de febrero de ese mismo año el califa fue ejecutado.

La conquista de Bagdad por los Mongoles y la destrucción del Califato son descritas como una de las mayores catástrofes en la historia del Islam. Ciertamente marcan el fin de una época. Pero “los efectos morales que conllevó la derrota del Califato [como poder y como institución] están sobrevalorados” (Lewis, 1986, p. 21). La institución del Califato había perdido su efectividad, y los invasores mongoles no hicieron sino poner fin a un largo proceso de declive cuyo inicio se remontaba a varios siglos atrás, y sus motivos, como he expuesto en los capítulos anteriores, son varios, de diferente índole, y en cierto modo inevitables. Es decir, la caída de Bagdad frente a los Mongoles no es sino un fin inevitable para un declive que, de no haber sido por los invasores del Este, habría encontrado, probablemente, otro fin no muy diferente.

Conclusiones

El Declive abasí fue un proceso largo que tuvo consecuencias determinantes para el devenir de diferentes dinastías e imperios. Desde las primeras crisis importantes que tuvieron que enfrentar los califas abasíes, como la década de anarquía en Samarra o la rebelión de los Zanî, pasando por factores que debilitaron el Califato de manera menos clara pero más determinante que las mencionadas crisis puntuales, como la pérdida drástica de autoridad de los califas a lo largo de los siglos X y XI, esa época en la que la institución del califa no era más que un cargo titular, dirigido por emires y sultanes según los intereses de la dinastía de turno que dominase Bagdad; pasando por estos factores, como decía, hasta llegar a la ejecución, tanto metafórica como literal, del Califato abasí a manos de los invasores mongoles a mediados del siglo XIII.

De no haber avanzado tan al Oeste los Mongoles, y no asestando el golpe de gracia en Bagdad en 1258, quizás la dinastía abasí hubiese continuado gobernando en Bagdad. Pero de ser así, la decadencia habría continuado condicionando a los califas de Iraq, encontrando su fin antes o después. Digo esto porque los Mongoles truncaron el Renacimiento abasí impulsado por al-Nāşir, pero sólo en parte. Como mencionaba antes, los sucesores de este califa no continuaron con su buena actitud de gobierno, por lo que esta ocasión habría terminado desperdiciada de la misma manera que la Restauración abasí que tuvo lugar en torno al año 900 vio cómo todos los éxitos que cosechó se perdían para dar paso a una situación en la que los propios califas tenían menos autoridad y poder que antes.

Por lo tanto, el hecho de que los motivos del declive de los Abasíes fuesen varios, y algunos de ellos problemas profundos y difíciles de definir, condenó a esta dinastía, que a pesar de alzarse de nuevo con el poder en las ocasiones antes mencionadas nunca dejó de cargar con el lastre de los citados problemas. Estos problemas fueron tanto internos (la falta de capacidad de liderazgo de algunos gobernantes, y relacionado con lo anterior el desequilibrio entre un ejército poderoso y comandantes de lealtades cambiantes, etc) como externos (dominio de los Turcos selýuqíes, invasiones mongolas), y debido a ellos el Califato abasí se derrumbaría a pesar de contar con puntuales líderes de elevadas cualidades y capacidades para gobernar con ambición.

Tras el año 1258, quedó un vestigio del Califato abasí en el Cairo. En el recientemente instaurado Sultanato mameluco de Egipto, el Sultán mameluco Baybars acogió a un refugiado

abasí, que fue nombrado califa en el Cairo en 1261 (Levanoni, 2010, p. 239), dando legitimidad al Sultanato mameluco como nuevo centro del Islam sunní.

Durante los dos siglos y medio siguientes, perduró una línea de Abasíes que se sucedieron uno tras otro en calidad de califas nominales bajo el gobierno de los Mamelucos. Estos califas carecieron completamente de poder, con nada más que obligaciones ceremoniales en palacio cuando se nombraba a un nuevo sultán. Los sultanes mamelucos, por su parte, utilizaron a estos abasíes “para ganar reconocimiento y prestigio en otros países musulmanes, como la India y el Imperio otomano” (Lewis, 1986, p. 21).

El califato abasí del Cairo, que prolongó la existencia de la dinastía abasí, acabó definitivamente en 1517 con la conquista del Sultanato mameluco por parte de los Otomanos (Levanoni, 2010, p. 240).

Referencias bibliográficas

- Al Ṭabarī: *Tarʿrīkh al rusūl waʿl mulūk*. Volume XXXIV. Translated by Joel L. Kraemer as *Incipient Decline*. State university of New York press. USA: 1989
- Al Ṭabarī: *Tarʿrīkh al rusūl waʿl mulūk*. Volume XXXVI. Translated by David Waines as *The revolt of the zanj*. Pp 30 – 33 (pp 1742 -1744) State university of New York press. USA: 1992
- Ayalon D. (1987) Mamlūk (pp 314 – 321). In *The encyclopaedia of islam, new edition. Volume VI (MAHK – MID)*. Edited by C.E. Bosworth, E. van Donzel, B. Lewis, CH. Pellat. Ed. E. J. Brill. 1991. Leiden, Netherlands.
- Bianquis, T. (1998). Autonomous Egypt from Ibn Tūlūn to Kāfūr, 868–969. In *The Cambridge History of Egypt*. Vol. I, pp. 86-119. Ed C. Petry. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bonner M. (2010) The waning of empire, 861 945. pp 305 -360. In *The New Cambridge History of Islam. Volume I: The formation of the islamic world. Sixth to eleventh centuries*. New York.: Cambridge University Press.
- Bosworth, E. (2010) The steppe peoples in the Islamic world. pp. 21-78. In *The New Cambridge History of Islam. Volume III: The Eastern Islamic World, Eleventh to Eighteenth Centuries*. New York: Cambridge University Press
- Bosworth, C.E. (1995) Saldjūkids, pp. 940- 945. In *The Encyclopaedia of Islam. New edition. Volume VIII, (NED-SAM)*. Edited by C.E: Bosworth, E. van Donzel, W.P. Heinrichs and G. Lecomte. Ed. E.J. Brill, Leiden, Netherlands. 1995.
- Brett M. (2010) Egypt. pp. 441 -581. In *The New Cambridge History of Islam. Volume I: The formation of the islamic world. Sixth to eleventh centuries*. New York.: Cambridge University Press.
- Busse, H. (1975) Chapter 7: Iran under the buyids, p 250 -304. In *The Cambridge history of Iran. Volume 4: The period from the arab invasión to the saljuqs*. New York.: Cambridge University Press.

- Cahen, C. (1987) Buwayhids or būyids, pp. 1350 -1356. In *The Encyclopaedia of Islam. New edition. Volume I, (A-B)*. Edited by B. Lewis, Ch. Pellat and J. Schacht. Ed. E.J. Brill, Leiden, Netherlands. 1987

- Daniel E. I. (2010) The islamic east. pp. 448 -506. In *The New Cambridge History of Islam. Volume I: The formation of the islamic world. Sixth to eleventh centuries*. New York.: Cambridge University Press.

- Duri A. A. (1991) Diwān: the caliphate. pp. 323 -324. In *The encyclopaedia of islam, new edition. Volume II (C-G)*. Edited by B. Lewis, CH. Pellat, J. Schacht. Fourth impression. Ed. E. J. Brill. 1991. Leiden, Netherlands.

- Frye R.N. (1975) *The Golden age of Persia: the arabs in the east*. pp. 191 -192. London: Weidenfeld and Nicolson (*apud* Bonner, 2010, p. 315).

- Forbes Manz, B. (2010) The rule of the infidels: the Mongols and the Islamic world. pp. 128- 143. In *The New Cambridge History of Islam. Volume III: The Eastern Islamic World, Eleventh to Eighteenth Centuries*. New York: Cambridge University Press

- Hartman, A. (1992) Al-Nāṣir Li-Dīn Allāh. pp. 996-1003. In *The Encyclopaedia of Islam. New edition. Volume VII, (MIF - NAZ)*. Edited by C.E. Bosworth, E. van Donzel, W.P. Heinrichs and Ch. Pellat. Ed. E.J. Brill, Leiden- New York. 1993.

- Kennedy, H. (2010) The late abbasid pattern, 945 1050. pp 360 -395. In *The New Cambridge History of Islam. Volume I: The formation of the islamic world. Sixth to eleventh centuries*. New York.: Cambridge University Press.

- Kramers, J.H. (1997) Sultān, pp. 849-852. In *The Encyclopaedia of Islam. New edition. Volume IX (SAN-SZE)*. Edited by C.E: Bosworth, E. van Donzel, W.P. Heinrichs and G. Lecomte. Ed. E.J. Brill, Leiden, Netherlands. 1997

- Lev, Y. (2010) The Fāṭimid caliphate (358 567/ 969 1171) and the Ayyūbids in Egypt (567 648/ 1171 1250). pp. 201- 236. In *The New Cambridge History of Islam. Volume II: The Western Islamic World, Eleventh to Eighteenth Centuries*. New York: Cambridge University Press.

- Levanoni, A. (2010) The Mamlūks in Egypt and Syria: the Turkish Mamlūk sultanate (648 784/1250 1382) and the Circassian Mamlūk sultanate (784 923/1382 1517) pp. 237 – 240. In *The New Cambridge History of Islam. Volume II: The Western Islamic World, Eleventh to Eighteenth Centuries*. New York: Cambridge University Press.

- Lewis, B. (1986) 'Abbāsids. pp. 15-23. In *The Encyclopaedia of Islam. New edition. Volume I, (A-B)*. Edited by H.A.R. Gibb, J.H. Kramers, E. Lévi-Provençal, J. Schacht. Ed. E.J. Brill, Leiden, Netherlands. 1986

- Mantran, R. (1973). *La expansión musulmana*. París: Presses universitaires de France. Traducción de Berta, J. Ed. Labor.

- Nöldeke T. (1892) *Ein Sklavenkrieg im Orient*. Orientalische skizzen. Berlin, 1892. (*apud* Mantran, 1973, p. 105).

- Sourdél D. (1991) Ghulām: the caliphate (pp 1079 – 1081) In *The encyclopaedia of islam, new edition. Volume II (C-G)*. Edited by B. Lewis, CH. Pellat, J. Schacht. Fourth impression. Ed. E. J. Brill. 1991. Leiden, Netherlands.

Apéndices

Mapas extraídos de:

- *The New Cambridge History of Islam. Volume I: The formation of the islamic world. Sixth to eleventh centuries. Pages xxix, xxxiv.*
- *The New Cambridge History of Islam. Volume II: The Western Islamic World, Eleventh to Eighteenth Centuries. Page xlii.*
- *The New Cambridge History of Islam. Volume III: The Eastern Islamic World, Eleventh to Eighteenth Centuries. Page xxii.*



Map 1: Western Asia in the Saljuq period





